

Entre el feminismo y el abolicionismo: género y otredad en la novela *The invention of wings*

Between feminism and abolitionism: gender and otherness in the novel *The
Invention of Wings*

Alicia Rita A. Collado

Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis.
arcollado@email.unsl.edu.ar

Resumen

El presente trabajo aborda los constructos de género y otredad en la novela *The invention of wings* de la autora estadounidense Sue Monk Kidd, mediante el análisis del personaje femenino principal, Sarah Grimké. El análisis de la obra en cuestión se focaliza, por un lado, en la construcción de la otredad de género de la protagonista en el seno familiar a partir de su educación y de los roles de género perpetrados en la sociedad estadounidense de la época, antes de la Guerra de Secesión. Por otro lado, se discute acerca de la relación directa entre el origen y desarrollo de los movimientos feminista y abolicionista en los Estados Unidos, de los cuales Grimké fue una reconocida activista, y las tensiones que se produjo en ambos movimientos. Los conceptos de género y otredad se abordan desde la crítica feminista, enfatizando en la interrelación entre las nociones de patriarcado, colonización interna y la concepción geográfica de la otredad.

Palabras claves: Otredad; género; feminismo; abolicionismo.

Abstract

This work explores the constructs of gender and otherness in the novel *The Invention of Wings*, written by the American author Sue Monk Kidd, through the analysis of the main female character, Sarah Grimké. This work focuses, on the one hand, on the construction of gender-based otherness within the family, through the education and the gender roles imposed on the protagonist in the antebellum South. On the other hand, it discusses the intricate relationship between the origin and development of the feminist and the abolitionist movement in the United States, in both of which Grimké was an activist. It also deals with the tensions this relationship produced on the aforementioned movements. The concepts of gender and otherness are approached from the perspective of feminist criticism, with an emphasis on the interrelation between the notions of patriarchy, internal colonization and the geographic conception of otherness.

Key words: Otherness; gender; feminism; abolitionism.

Cita sugerida: Entre el feminismo y el abolicionismo: género y otredad en la novela *The invention of wings* (2022). Revista *CRONÍA* (2022).

Acerca de la obra y su contexto

El rol de las mujeres en la sociedad ha sido determinado históricamente a partir de sus características biológicas, definiendo su ser en oposición directa a la representación de la masculinidad hegemónica. Esta construcción de la mujer en base a su género la ha convertido en una otra, limitada por muchos años a la esfera doméstica, a la maternidad y a la institución del matrimonio. Cualquier desviación de este modelo patriarcal con centro en la familia ha sido considerada como antinatural y por lo tanto se constituye en un instrumento de marginación y opresión para aquellas mujeres que no se ajustan al modelo impuesto. Los sentimientos contra la dominación masculina comienzan a gestar a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos la primera ola del movimiento feminista. Los orígenes de este movimiento de liberación de las mujeres pueden rastrearse hasta el movimiento abolicionista estadounidense, el cual abogaba a favor de la abolición de la esclavitud que se extendía por toda la nación, pero cuya bases institucionales estaban especialmente arraigadas en los estados del sur, donde los esclavos constituían las bases laborales, sociales y económicas del sistema de plantación, pero eran paradójicamente una gran minoría oprimida y silenciada. Un claro ejemplo de la relación entre ambos movimientos es que algunas de las primeras feministas estadounidenses, Elizabeth Cady Stanton, Susan B. Antony y Lucretia Mott, estaban profundamente involucradas en la lucha contra la esclavitud.

The invention of wings, escrita por la autora estadounidense Sue Monk Kidd y publicada en el año 2014, da cuenta de la relación entre los movimientos feminista y abolicionista en los Estados Unidos, en la época previa a la Guerra de Secesión (1861-1865). La obra es un relato ficcional sobre la vida de Sarah Grimké, considerada entre las primeras feministas de los Estados Unidos y también una feroz abolicionista de la esclavitud. Nacida en una familia de terratenientes de Charleston, Carolina del Sur, Sarah comienza a cuestionar la tenencia de esclavos al recibir como obsequio por su onceavo cumpleaños a una niña esclava, Handful, a la cual considera su amiga, y quien constituye la otra voz del relato. Sin poder estudiar lo que le apasiona, la abogacía, por ser mujer, y sin casarse, Sarah se convierte en la cuidadora de su padre convaleciente, lo que la lleva al norte del país. Es allí donde conoce a los cuáqueros y se introduce en el mundo del abolicionismo, revelándose contra la ideología de su familia y los preceptos sureños, convirtiéndose en una de las primeras mujeres sureñas e hija de terratenientes y esclavistas en ser parte del incipiente movimiento abolicionista. Sin embargo, su pasión por la causa y sus convicciones acabarían siendo polémicas, y hasta subversivas, incluso entre los cuáqueros y los abolicionistas. Su lucha por terminar con la esclavitud y liberar así a Handful se transforma en la peligrosa advocación por la igualdad entre las razas, cuestionamiento que le permite también visibilizar las enormes desigualdades de género y la opresión que experimentaban las mujeres. Esto la lleva a ser repudiada, atacada y segregada tanto por hombres como mujeres, y hasta por los cuáqueros y los miembros del propio movimiento abolicionista.

Este trabajo aborda dos aspectos centrales de la obra de Monk Kidd en cuestión. Por un lado, se aborda la relación entre género y otredad, que se materializa a través de la opresión experimentada por Sarah Grimké en el seno familiar, en el derecho a la educación de las mujeres y los roles de género preestablecidos en la sociedad de la época. Por otro lado, se aborda la relación estrecha entre los movimientos feminista y abolicionista a través de las experiencias de la misma protagonista, las cuales también ponen de manifiesto la otredad de género en el ámbito público y social.

Género y otredad

Por definición, la otredad es el resultado de un proceso discursivo por el cual un grupo dominante construye uno o muchos grupos externos dominados al estigmatizar una diferencia (real o imaginaria), presentada como una negación de identidad y, por lo tanto, como un potencial de discriminación y subyugación justificada (Staszak, 2008). La construcción de la otredad consiste básicamente en clasificar a los individuos en dos grupos: ellos (el grupo externo) y nosotros (el grupo interno), creando, a partir de una asimetría en las relaciones de poder, un conjunto de binarios opuestos. Aquellos que identificamos como los otros son definidos con categorías que intentan socavar sus cualidades, demostrando que éstas están por debajo de aquellas que han sido catalogadas como normales. Así, el otro es nombrado como a-normal, sub-alterno, sub-versivo, sub-desarrollado, utilizando, por ejemplo, prefijos que presuponen una falta, carencia o desviación de la norma, y de este modo, restándole, negándole y reduciendo su normalidad (Fandiño Barros, 2014, p. 50).

En cuanto al género, entendido como “la simbolización cultural construida a partir de la diferencia sexual que rige el orden humano y se manifiesta en la vida social, política y económica” (Fandiño Barros, 2014, p. 52), la otredad se basa en la representación binaria del hombre y la mujer en términos de poder. En este sentido, agrega Fandiño

Barros (2014), el género es una especie de espejo de dos caras, siendo un filtro a través del cual miramos e interpretamos el mundo, y al mismo tiempo, una armadura que limita nuestros deseos y el desarrollo de nuestras vidas (p. 52). Esta construcción cultural simbólica reglamenta la conducta objetiva-subjetiva de las personas al establecer un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones que atribuyen características especiales a las mujeres y los hombres en base a lo que se supone propio de cada sexo. La dualidad construida entre lo masculino y lo femenino determina y forma el rol de género y construye a la mujer como un otro. Lo femenino se asocia con la división del trabajo más primitiva, relacionada con lo natural, lo maternal; las mujeres paren y cuidan a los hijos, y también cuidan a los enfermos y a los ancianos, se asocian a la dependencia, la pasividad, la debilidad y la sumisión, y están relegadas a la esfera doméstica y privada. Lo masculino, en cambio, se asocia con lo cultural, el dominio de la razón, la posesión del conocimiento, la fuerza, el control y el dominio, la independencia individual y el gobierno de lo público. Para comprender y visibilizar los efectos de estas construcciones sobre el papel de la mujer en la sociedad y su consecuente definición como un otro resulta esencial abordar el patriarcado, “un sistema de organización social, donde el poder y la autoridad están representados y sustentados por el patriarca; ya sea a nivel público o privado” (Fandiño Barros, 2013, p. 154). La naturaleza del patriarcado representa una colectividad que ejerce control y opresión sobre otra en este caso a partir de las diferencias sexuales, ya que se construye una relación de dominación y subordinación en la que la prioridad del derecho de nacimiento de ser hombre prevalece sobre ser mujer. Este sistema de opresión sexual es una forma de “colonización interna”, similar en su segregación, estratificación de clase, abuso de poder y subyugación a otras formas de otredad y opresión (Millet, 2000, p. 25). Esta categoría de otredad como coacción interna produce identidades deformadas “sin ancla, sin horizonte, sin color, sin estado, sin raíces”, por lo que se producen identidades que interiorizan patrones impuestos por la colonialidad (Fanon, 1986, p. 176). Los efectos del patriarcado en la psicología de ambos sexos resultan principalmente en la internalización y socialización de la ideología patriarcal como norma, ya que se espera que las mujeres muestren aceptación y compromiso con el sistema de valores creado por los hombres, perpetuado generación tras generación por la sociedad (Anzaldúa, 1987). De esta forma, el patriarcado como sistema está incrustado en el núcleo de la sociedad, la economía, las estructuras políticas y la religión, por lo que se ha convertido en una institución social, y como tal, tiene matices ideológicos, biológicos, sociológicos, económicos, educativos, de clase y psicológicos, que interactúan activamente (Millet, 2000). Anzaldúa (1987) destaca el hecho de que incluso cuando la cultura es construida por aquellos en posición de poder en realidad es transmitida por las mujeres y perpetuada por instituciones sociales como la familia y la iglesia, que actúan como mediadoras entre el Estado y el individuo. En este sentido, agrega Anzaldúa (1987), una de las principales contribuciones de la familia al sistema patriarcal es la socialización de los jóvenes a través de la transmisión de la ideología dominante y los roles de género culturalmente aceptados para cada sexo, reforzados por otras fuerzas sociales, como la educación, los medios de comunicación y también, por las propias mujeres.

La construcción de la otredad de género en el seno familiar

El sistema patriarcal socialmente construido se perpetúa a través de diversas instituciones sociales, siendo la familia una de las más relevantes. En *The invention of wings* es el patriarcado, a través de la familia, quien dictamina el papel de Sarah y lo limita a la esfera doméstica. Estas limitaciones se perpetúan en la obra a través de la educación que reciben las hijas de la familia en comparación de la educación que reciben los hijos; es decir en la existencia de una educación diferenciada en base al género; una educación para la mente femenina y una educación para la mente masculina. Sarah desprecia tanto a su tutora como al tipo de educación que recibe, de tal manera que se siente como muerta por dentro:

La despreciaba a ella y a su ‘educación cortés para la mente femenina’, que se componía de costura, modales, dibujo, lectura básica, caligrafía, piano, la Biblia, francés y suficiente aritmética como para sumar dos más dos. Pensé que era posible morir al rastrear las pequeñas flores en las páginas de mi tableta de arte. Una vez que escribí en el margen: ‘Si muriera de este horrible ejercicio, deseo que estas flores adornen mi ataúd’.
(Monk Kidd, 2014, p. 24)

La educación diseñada para la mente femenina limitaba a las mujeres a lo doméstico y lo maternal, enfatizando en el trabajo manual y artístico y los buenos modales, relegando ciertas competencias como la lectura y las matemáticas al mínimo indispensable, y negando de esta forma el derecho al conocimiento y el saber, considerados como campos de poder y por ende, masculinos.

Durante las lecciones, Sarah siente la invasión de deseos que se apoderan de ella, deseos que ella identifica como

extranjeros, es decir, deseos que no se corresponden con su ser, con su cuerpo de mujer, lo que le causa un terrible dolor: “Quería saber cosas, convertirme en alguien. ¡Oh, ser un hijo! Adoraba a mi padre porque me trataba casi como si fuera un hijo, lo que me permitía entrar y salir de su biblioteca” (Monk Kidd, 2014, p. 24). Ese deseo extraño, casi impropio, puede interpretarse como su sed de conocimiento, su deseo de convertirse en algo más que la esposa de alguien, deseos que no se corresponden con el deber-ser impuesto. Es tal su colonización interior, como dice Millet (2000), que Sarah anhela ser un varón para poder acceder a la libertad de ser quien desee, o a algo tan simple como poder acceder a la biblioteca de su padre.

Además, siendo niña, a Sarah se le permite participar de los pequeños debates familiares sobre diversas temáticas, una especie de entretenimiento familiar donde ella y sus hermanos varones presentan un argumento, lo debaten y defienden: “Padre dio una palmada en la mesa. Si Sarah fuera un niño, ¡sería la mejor abogada en Carolina del Sur! En ese momento, sus palabras me habían impresionado, pero no fue hasta ahora, al despertar en mi nueva habitación, que vi su verdadero significado. La comprensión de mi destino llegó de prisa. Me convertiría en abogada” (Monk Kidd, 2014, p. 25). Siendo el conocimiento fuente de poder, considerado Sarah se siente empoderada al participar de estos debates y escuchar los halagos de su padre. Si bien su padre percibe estas libertades como algo inofensivo y hasta divertido, Sarah las interpreta como algo más, como la posibilidad de materializar esos deseos extraños que la invaden.

A pesar de lo grandioso del sueño de convertirse en abogada, Sarah no es ignorante de los roles de género preestablecidos y de lo que se espera de ella como mujer. Sabe, por ejemplo, que no hay abogadas. Sin embargo, se permite soñar en ser la primera y abrir de esta forma el camino para otras:

Naturalmente, sabía que no había mujeres abogadas. Para una mujer, nada existía excepto la esfera doméstica y esas pequeñas flores grabadas en las páginas de mi libro de arte. Para que una mujer aspire a ser abogada, bueno, posiblemente, el mundo se acabaría. Pero una bellota se convirtió en un roble, ¿no? Me dije a mí misma que la aflicción en mi voz no me detendría, me obligaría. (Monk Kidd, 2014, p. 25)

Es justamente el día de la despedida a su hermano mayor John, quien parte a la universidad a estudiar leyes, que Sarah da un breve discurso de despedida, y embriagada por la ilusión y la emoción de pensar que algún día podría ser ella quien esté en ese mismo lugar, desnuda por primera vez sus intenciones ante la familia: “Thomas, hermano querido, te extrañaré. Te deseo la velocidad de Dios con tus estudios. Hice una pausa y sentí una oleada de coraje. Un día tengo la intención de seguir tus pasos. Convertirme en abogada” (Monk Kidd, 2014, p. 71). Es en este momento en el que de forma cruel sus sueños son aplastados por el poder patriarcal y por su condición de mujer. Tanto su padre como sus hermanos se burlan de sus palabras y expectativas y luego esa burla se convierte en enojo. “¿No sería un gran logro si yo fuera la primera? Ante eso, la diversión del padre se convirtió en molestia. No habrá primera, Sarah, y si ocurriera algo tan absurdo, no será hija mía” (Monk Kidd, 2014, p. 71). Su padre claramente determina que una hija suya no será quien rompa los paradigmas sociales del rol de la mujer, lo que para los estándares sociales de la época sería escandaloso y vergonzoso. Ante las burlas, Sarah se aferra a sus sueños recordando a su padre sus propias palabras: “¡Dijiste que sería la mejor de las abogadas!. ¡Dije, si fueras un varón!” (Monk Kidd, 2014, p. 72). Es aquí donde si bien no hay prefijo socavando las posibilidades de Sarah, aparece fuertemente, y explícitamente, el condicionamiento del género.

Ante tal desilusión, Sarah busca consuelo en su madre, quien siente que ha fallado en su rol materno al permitir que esas ideas subversivas del orden patriarcal florecieran en la cabeza de su hija. En un intento de consuelo, su madre reconoce que las jóvenes tienen ambiciones que van más allá del matrimonio y de la maternidad, pero sin embargo, sus palabras intentan erradicar dichas ambiciones y expectativas: “Cada niña viene al mundo con diversos grados de ambición, dijo, incluso si es solo la esperanza de no pertenecer en cuerpo y alma a su esposo. Una vez fui niña, lo creas o no. La verdad, dijo, es que cada niña debe tener esa ambición eliminada por su propio bien” (Monk Kidd, 2014, p. 72). Las palabras de la madre ilustran dos aspectos centrales del sistema patriarcal y de la construcción de la otredad de género resultante. Por un lado, se percibe que las mujeres están plenamente conscientes del poder ejercido por los hombres, no solo sobre sus vidas en general y sobre sus decisiones, sino sobre sus cuerpos y deseos. Esta dominación en términos de relaciones de poder posiciona a la mujer como un otro subyugado corporalmente y psicológicamente. Por otro lado, este mismo sistema patriarcal es perpetuado e impuesto en el seno familiar de forma

silenciosa no solo de forma vertical (padre-hija/s) sino de forma horizontal (de mujer a mujer, de madres a hija/s) al reproducir los roles femeninos en función de su género. Con estas palabras, su madre transmite un mensaje de resignación, una resignación que debe ser silenciosa y pasiva, por su propio bien, por el de la familia, y por el bien común. Es entonces cuando Sarah acepta la posibilidad de casarse, y comienza, como se acostumbraba en las damas de la aristocracia sureña, a asistir a fiestas y bailes con el fin de encontrar un esposo. Allí conoce a William Burke, un joven comerciante de clase media, que la corteja y de quien se enamora fervientemente. Sin embargo, su familia no acepta la relación. Ante la tenacidad y rebeldía de Sarah por su enamorado, su hermano le cuenta que Burke en realidad está comprometido con otras mujeres y que su insistencia con ella tenía como sólo propósito convercerla de tener sexo antes del matrimonio. Esta situación ilustra tristemente los roles que se construían, y aún construyen, en torno a la mujer, valorando la virginidad como el atributo más valioso, y ejerciendo poder sobre la corporalidad femenina. Sintiendo destrozada por la traición, Sarah jura que nunca se casará y que dedicará su vida a la lucha contra la esclavitud. Llevar una vida como solterona representa un rol degradado socialmente, y la relega a ser la cuidadora y compañía de su padre, quien al enfermar gravemente, se establece en el norte cuyo clima es más propicio para su salud. El cuidado de su padre enfermo también remite a Sarah a la esfera de lo maternal, y por consiguiente a lo doméstico y lo privado, atrapándola en un espacio limitado y sin salida, dejándola sin más opciones de vida.

El movimiento abolicionista y los albores de la lucha por la igualdad femenina

A pesar de haber nacido en la aristocracia sureña, Sarah siente una aversión hacia la esclavitud desde una edad muy temprana. A partir de ese cumpleaños en el que recibe a Handful como obsequio, cual si fuese un objeto, Sarah comienza a cuestionar la institución de la esclavitud y a asociar dichos cuestionamientos con el norte, que gradualmente se posicionará en una relación de oposición directa a lo que el sur representa. Antes de su fallido intento de convertirse en abogada, Sarah escucha atentamente las conversaciones de los adultos, hablando de política, de la expansión hacia el oeste y el comienzo de la abolición en los estados del norte:

Conversaron sobre la reelección de Jefferson, si Meriwether Lewis y William Clark tenían alguna posibilidad de llegar a la costa del Pacífico, y lo más tentador, lo que anunciaba la abolición de la esclavitud en los estados del Norte, más recientemente en Nueva Jersey, para el sur ¿Abolición por ley? Nunca había oído hablar de eso y ansiaba obtener cada fragmento. ¿Creían los del norte, entonces, que Dios estaba en contra de la esclavitud? (Monk Kidd, 2014, p. 71)

Mientras que en el sur florecía y se institucionalizaba, sentando las bases económicas, políticas y sociales del sistema de plantación, la esclavitud se abolía gradualmente en todos los estados del norte de los Estados Unidos (1789-1830). El hecho de que Sarah trajera la figura de Dios a colación no es menor, dado que como en la perpetuación del sistema patriarcal a través de la iglesia y la familia, en la esclavitud, existía una justificación religiosa para la aceptación y perpetuación del sistema. Una de las justificaciones de la esclavitud sostenía que ésta era voluntad divina, resultado del orden natural caracterizado por la presunta superioridad de una raza sobre otra y por el peso del hombre blanco, cuya misión, asignada por la Providencia, era justamente proveer por aquellos supuestamente inferiores cultural e intelectualmente. Al cuestionar de qué lado está Dios, si del lado del sur esclavista, o del norte crecientemente abolicionista, Sarah encuentra una motivación interna, una voz que le dice que no está equivocada y que al mismo tiempo desata una lucha en su interior, una crisis de identidad donde se debate entre lo que debe ser, la lealtad a su familia, a su clase y a su pueblo, y su conciencia, que aboga por la libertad de Handful.

Luego de estos eventos, y a lo largo de su vida, comienza a desarrollar una oposición al sistema cada vez más explícita y radical, caracterizada por dos momentos centrales: su conversión al cuaquerismo y con ella su involucramiento en el movimiento abolicionista. Será este último lo que la llevará a visibilizar y cuestionar las desigualdades de las mujeres.

Después de la muerte de su padre Sarah regresa a casa, pero ese regreso marca el inicio de un cambio profundo que la lleva a cuestionar y desafiar aún más la esclavitud. Es justamente en dicho viaje de regreso a casa que Sarah conoce a un cuáquero, Israel Morris, con quien entabla una conversación elocuente que despierta su curiosidad acerca de la Sociedad de los Amigos y su lucha contra la esclavitud. En una de esas conversaciones, Israel le lee fragmentos de un libro, tratando de educarla acerca de sus creencias, en particular, la igualdad de los seres humanos

y la aceptación de las mujeres como ministras, lo que sorprende a Sarah, dado que el ministerio representa, al menos en la iglesia anglicana, una posición de poder directamente asociada a la patriarquía: sabiduría, conocimiento y liderazgo, esferas socialmente asociadas a lo masculino. En privado, reflexionando sobre esta charla, Sarah reconoce que la idea de tener mujeres ministros le parece extrema. Esta sorpresa, y hasta incomodidad que Sarah experimenta con el hecho de tener mujeres en el rol de ministro de una iglesia ilustra esta colonización interna de la que habla Millet (2000), en este caso relacionada a la división del mundo en términos binarios y a la consecuente división de roles de género. El intercambio intelectual con Israel hace que Sarah se sienta libre de poder expresar sus fuertes opiniones acerca de la esclavitud; mientras que Israel piensa que la abolición de la esclavitud debe ser gradual, Sarah advoca fuertemente por su inmediatez, dejando entrever no solo su pasión por la causa sino su radicalismo *in crescendo*. De esta forma, a partir de la lectura de un libro sobre la fe cuáquera que Israel le presta y la correspondencia que intercambian, Sarah escucha una voz que le dice que vaya al norte, lo cual hace pese a la oposición de su familia. Se muda a Filadelfia, en el estado cuáquero de Pennsylvania, se convierte al cuaquerismo y adopta fervientemente las creencias y estilos de vida de la comunidad anhelando convertirse en ministra, apoyada en Lucretia Mott, la única ministra hasta el momento, y una de las precursoras del movimiento feminista. Allí encuentra una lucha que es más grande que ella misma y comienza a participar activamente como oradora en reuniones y conferencias, exponiendo la crueldad de la esclavitud en primera persona, lo que dado su origen, incrementa la validez y la fuerza de su retórica.

Su vida transcurre entre muchas idas y venidas entre el norte, donde puede ser ella misma, y el sur, el hogar a donde regresa a defender a los esclavos y a rescatar a su hermana menor, Nina, quien eventualmente seguirá sus pasos. Por muchos años, Sarah seguirá en esta ambivalencia entre el norte y el sur, entre los anhelos y el deber ser. En este sentido, la otredad de género adquiere además una dimensión geográfica. La construcción de los otros geográficos, según Staszak (2008), parte del supuesto de que las superficies culturales se dividen en zonas espaciales homogéneas (continentes, países, áreas, barrios, villas, edificios, etc.): el aquí es habitado por nosotros, y el allá alberga a los otros. En el contexto de *The Invention of wings*, la otredad en términos geográficos se manifiesta en las representaciones binarias del norte y del sur como polos opuestos en términos geográficos, políticos, económicos, sociales e ideológicos. El norte, industrial, urbano y cosmopolita, funciona así como la antítesis del sur, rural y conservador, aristócrata y esclavista.

Su conversión al cuaquerismo y la adopción de un estilo de vida simple, completamente diferente al de su estatus como dama sureña aristócrata, y su defensa abierta a los esclavos, hacen que Sarah sea el blanco de ataques de la comunidad y de su propia familia cada vez que regresa a casa. Estos ataques no solo la paralizan sino que la llevan a cuestionar su propósito en el mundo: la abolición de la esclavitud. La dimensión geográfica agrega entonces otro aspecto a la otredad de género construida por el sistema patriarcal; Sarah no es una otra solo por su nueva religión, por su soltería, por su sed de conocimiento o por su aversión a los roles maternos y domésticos; lo es porque vive en el norte, y adopta y promueve abiertamente ideas que son peligrosas para el estatus quo del sur.

A medida que el movimiento abolicionista progresa, surgen nuevas demandas, entre ellas no permitir la expulsión de las personas de color de los vecindarios de blancos y la prohibición de los bancos de color en los centros de reuniones. Ante esto, Sarah tiene una revelación, que la abolición de la esclavitud es diferente a la igualdad racial, dado que el prejuicio de color es la base de toda discriminación y entendiendo, tal como acontece, que si esto no se modifica, la situación deplorable de las personas de color continuaría mucho después de la abolición. Intentando visibilizar los prejuicios existentes, Sarah y su hermana Nina causan un revuelo cuando deciden sentarse en la misa en el banco destinado a las personas de color, algo que no estaba permitido, y que no era aceptado ni siquiera por los cuáqueros. La idea se les había ocurrido luego de leer *The Liberator* (El Libertador), un periódico anti-esclavitud publicado por un conocido abolicionista radical, William Lloyd Garrison. Ante la escalada de violencia y de ataques conducidos por pro-esclavistas, no solo en el sur sino también el norte, y por el crecimiento de los sentimientos anti-abolicionistas, estas actitudes eran vistas como actos desafiantes de rebelión, lo que deriva indefectiblemente en su expulsión de la Sociedad de los Amigos.

Sin embargo, estas mismas actitudes desafiantes que las segregan llaman la atención del mismísimo William Lloyd Garrison, quien las invita a formar parte de la Sociedad Anti-esclavitud Estadounidense, con el propósito de enviar oradores a los estados libres para atraer seguidores. En ese momento, Sarah siente dudas y temor por la inmensidad de la tarea:

Me quedé mirando la tabla negra de la viga sobre mi cabeza y sentí la verdad y la lógica de eso, y se me ocurrió que lo que más temía era no hablar. Ese miedo era viejo y cansado. Lo que temía era la inmensidad de todo: una agente abolicionista que viajaba por el país con un mandato nacional. Quería decir: ¿Quién soy yo para hacer esto, una mujer? Pero esa voz no era mía. Era la voz de papá. Era la de Thomas. Pertenece a Israel, a Catherine, y a madre. Pertenece a la iglesia en Charleston y los cuáqueros en Filadelfia. No me pertenecería, si pudiera evitarlo. (Monk Kidd, 2014, p. 257)

Sarah se da cuenta que el miedo que siente, y esa voz interna que le dice que no puede, no era suya, sino de todos los hombres y mujeres que a lo largo de su vida la limitaron y subyugaron por ser mujer, por ser sureña, por tener sueños y expectativas que no coincidían con los mandatos sociales para una mujer de la aristocracia sureña. Esas mismas voces cuestionadoras utilizan la otredad de género como fuente de subyugación, por ejemplo:

Las señoritas Grimké han pronunciado discursos, escrito folletos y se han exhibido en público de manera poco femenina desde hace un tiempo, pero no han encontrado maridos. ¿Por qué todas las gallinas viejas son abolicionistas? Debido a que no pueden conseguir maridos, piensan que pueden tener alguna oportunidad para un negro. (Monk Kidd, 2014, p. 266)

Con el propósito de denigrar a las hermanas Grimké, y por ende socavar su causa, se estigmatiza su soltería en un intento de socavar sus habilidades como oradoras y por extensión, la causa que defienden. Al mismo tiempo, se cuestiona la forma en la que se comportan al calificarlas como poco femeninas, comentario que ilustra el relego social y cultural de las mujeres a la esfera doméstica, y la marginación a las que se las someten cuando osan salir de dicha esfera. Es su inteligencia, su elocuencia, y su independencia del poder masculino lo que las convierte en una desviación de la norma, en malos ejemplos para otras mujeres, y por ende en figuras subversivas cuyas voces deben ser silenciadas.

Es en este contexto cuando algunos miembros del movimiento abolicionista sienten que el discurso de las hermanas no solo atrae demasiada atención sino que se desvía hacia los derechos de las mujeres, lo que distrae a las personas de la causa principal, la abolición de la esclavitud. Argumentando que la causa de la esclavitud es de mayor urgencia, muchos miembros de la Sociedad Anti-esclavitud Estadounidense intentan silenciar a las hermanas: “Yo también apoyo la causa de las mujeres, pero ¿seguro que no puedes perder de vista al esclavo por una cruzada egoísta contra alguna reivindicación mezquina de tu parte?” (Monk Kidd, 2014, p. 267) dice John, uno de los miembros. El hecho de que se considerara la reivindicación de los derechos de las mujeres como una causa egoísta y mezquina muestra que poco preparados están como movimiento para hacer frente a reclamos de igualdad, en un contexto donde visibilizar y verbalizar dichas desigualdades es peligroso para el patriarcado.

Ante el pedido de dejar de hablar acerca de las reformas para las mujeres en sus conferencias, Sarah tiene la sensación familiar de que otra vez, como en el pasado, su voz está siendo silenciada por el bien del abolicionismo, por su propio bien, por el bien del patriarcado, por el bien común. Toma toda la frustración y la indignación de años de persecución y silenciamiento y con valor, los desafía:

¿Cómo puede pedirnos que volvamos a nuestros salones? Dije, poniéndome de pie. ¿Darnos la espalda a nosotros mismos y a nuestro propio sexo? No deseamos que el movimiento se divida, por supuesto que no, me entristece pensar en ello, pero poco podemos hacer por el esclavo mientras estemos bajo los pies de los hombres. Haga lo que tenga que hacer, censúrenos, retire su apoyo, seguiremos adelante de todos modos. Ahora, señores, por favor quiten los pies de nuestros cuellos. (Monk Kidd, 2014, p. 267)

Efectivamente, esta respuesta asertiva causa la tan temida división dentro del movimiento cuando las mujeres se dan cuenta de la opresión invisible que las subyuga, las limita, las silencia. Aunque las hermanas Grimké se transforman en marginadas, en mujeres consideradas subversivas radicales y peligrosas, la causa de las mujeres se pone en movimiento, adoptando un camino cada vez más separado de la lucha contra la esclavitud.

A modo de síntesis

The invention of wings de Sue Monk Kidd (2014) relata la historia de Sarah Grimké, una mujer de la aristocracia sureña que se convierte en una ferviente abolicionista y también en una de las precursoras del movimiento feminista en los Estados Unidos de mediados del siglo XIX. En ese contexto, Sarah es subyugada por la otredad de género que se manifiesta en el seno familiar a partir de la opresión patriarcal, caracterizada por dos aspectos centrales: por un lado, se materializa en la negación del derecho al conocimiento y el saber al relegar, y limitar a Sarah a una educación diseñada por el patriarcado para la mente femenina. Esta educación, basada en saberes relacionados directamente con la esfera doméstica y privada, condiciona a las mujeres al rol maternal, a lo artístico, al cuidado del hogar y al matrimonio, excluyendo de la ecuación a otros saberes asociados al poder y la masculinidad. En el caso de Sarah, sus aspiraciones de convertirse en abogada son truncadas cruelmente por su padre y su madre, quienes desde una posición de poder, perpetúan y reproducen el orden social operante.

Por otro lado, la opresión patriarcal se manifiesta en la imposición de los roles de esposa y madre como epítomes de la completud femenina, excluyendo y estigmatizando a aquellas mujeres que, como Sarah, tienen otras aspiraciones y deseos, o a aquellas que simplemente no consiguen ajustarse a los roles de género socialmente impuestos para las mujeres. Siguiendo con la imposición de roles maternales que mantienen a las mujeres en la esfera de lo privado, Sarah, debe cuidar a su padre convaleciente, lo que deja en evidencia el lugar al que se relega a las mujeres solteras que no alcanzan la auto-realización en la maternidad y el matrimonio, ya que estas son consideradas anormales y con consiguiente, peligrosas para el orden social.

Además de manifestarse en la imposición de roles y en la negación del acceso al saber, la otredad de género se manifiesta como una especie de colonización interna, como una voz que le dice a Sarah que no puede, limitándola desde su interior. Esa voz no es solo una voz masculina, sino que también es una voz femenina, la voz de su madre cortando sus alas. He aquí la presencia de otras mujeres en la perpetuación de los roles de género.

La otredad de género se manifiesta también cuando Sarah se convierte al cuaquerismo y se involucra en el movimiento abolicionista en el norte. Ya sea como miembro activo de la Sociedad de los Amigos luchando contra la esclavitud, o como militante de la Sociedad Anti-esclavitud Estadounidense, Sarah es oprimida y silenciada por su género, irónicamente por aquellos que luchaban por la abolición de la esclavitud. Haber sido expulsada de los cuáqueros por sentarse en el banco de color en la iglesia, o haber sido cuestionada por la Sociedad Anti-esclavitud por su retórica feminista y radical, deja en evidencia las bases del patriarcado y la incomodidad y peligrosidad que representaba una mujer soltera, independiente e inteligente para el estatus quo operante, dado que el conocimiento y la oratoria se consideran campos del poder, y por ende, de lo masculino.

A la otredad de género experimentada por Sarah, se le suma un componente geográfico, que contribuye a su construcción como un Otro, y por consiguiente, como objeto de subyugación. A lo largo del relato, Sarah, una aristócrata sureña, hija de terratenientes y dueños de esclavos lucha contra la esclavitud, de cierta forma traicionando los preceptos y valores de su familia, de su clase y de su pueblo. Para poder llevar a cabo su lucha, Sarah se traslada físicamente al norte, la antítesis del sur no sólo en términos ideológicos, sino también en términos sociales, culturales y económicos. Esta ambivalencia entre el norte y el sur contribuye a su otredad dado que siempre será una sureña que lucha por los valores del norte, una contradicción viviente. Sin embargo, si bien su origen y su crianza constituyen elementos centrales de su retórica y de su lucha, su género, su estado civil, su independencia y su vigor, pronto la convierten en una otra también a los ojos del poder patriarcal en el norte.

Los movimientos abolicionistas y feministas se unen cuando mujeres como Sarah Grimké, Lucretia Mott o Elizabeth Cady Stanton, que entregan sus vidas a la causa al punto de convertirse en marginadas, logran visibilizar la opresión de género resultante del poder patriarcal. Al verbalizar la opresión que sufren las mujeres en base a la otredad de género ponen en evidencia una realidad incómoda y por esto se generan, sin dudas, fricciones dentro del movimiento abolicionista que llevan a su fragmentación. Pero es gracias a estas mujeres que el movimiento por los derechos de las mujeres se pone en marcha y, tras años de lucha y muchos objetivos alcanzados, continúa adelante rompiendo barreras.

Referencias bibliográficas

- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La frontera*. San Francisco, CA: Aunt Lute.
- Fandiño Barros, Y. (2013). La violencia de género y el pensamiento patriarcal. *Advocatus* 21, 53-159.
- Fandiño Barros, Y. (2014). La otredad y la discriminación de géneros. *Advocatus* 11(23), 49-57.
- Fanon, F. (1986). *Piel negra, máscaras blancas*. La Habana: Instituto del Libro.
- Millet, K. (2000). *Sexual politics*. Urbana and Chicago, IL: University of Illinois Press.
- Monk Kidd, S. (2014). *The invention of wings*. New York: Penguin Group.
- Staszak, J. F. (2008). Other/otherness. *International Encyclopedia of Human Geography, Elsevier*, 1-7.